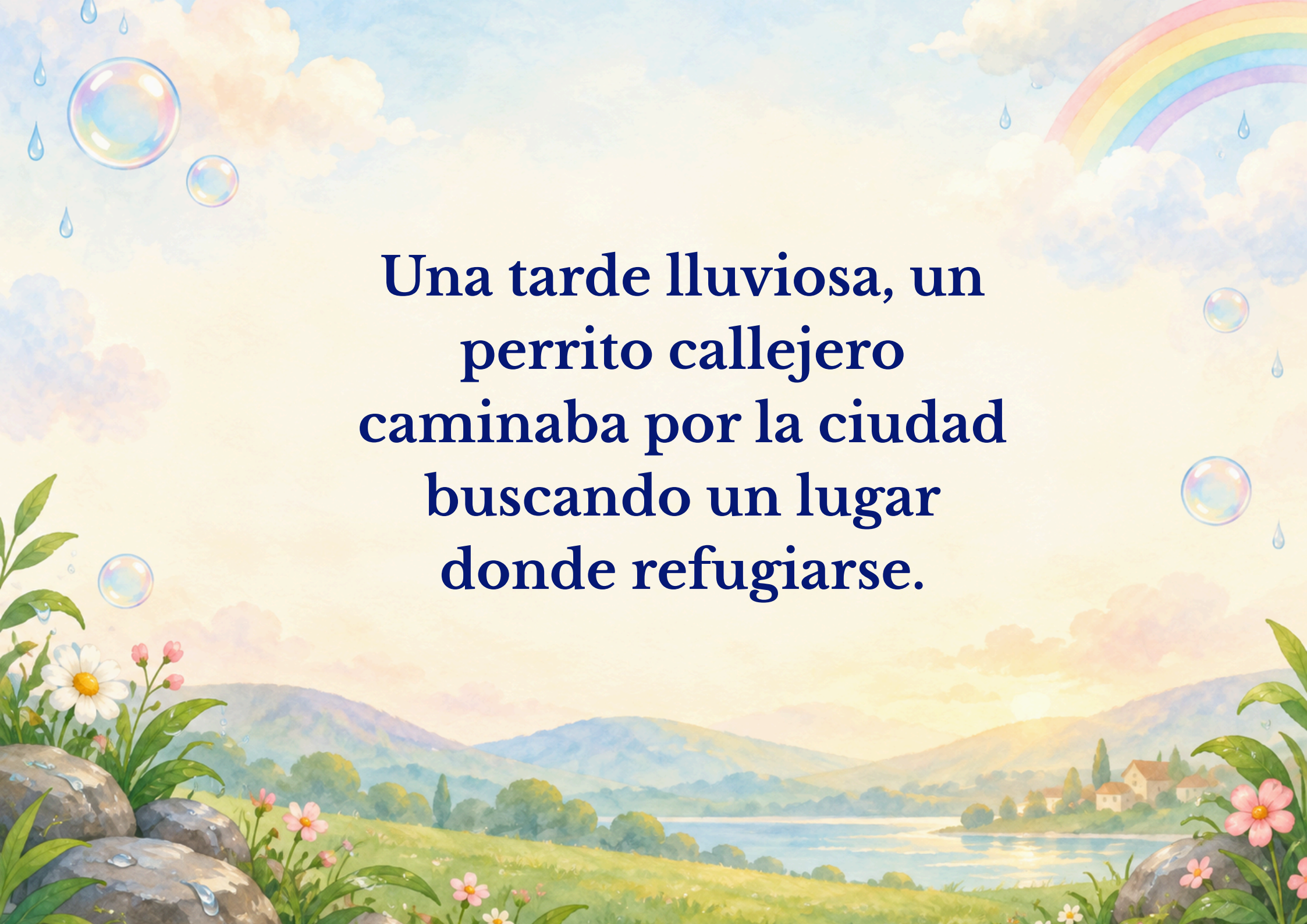


IGNACIO UZCANGA



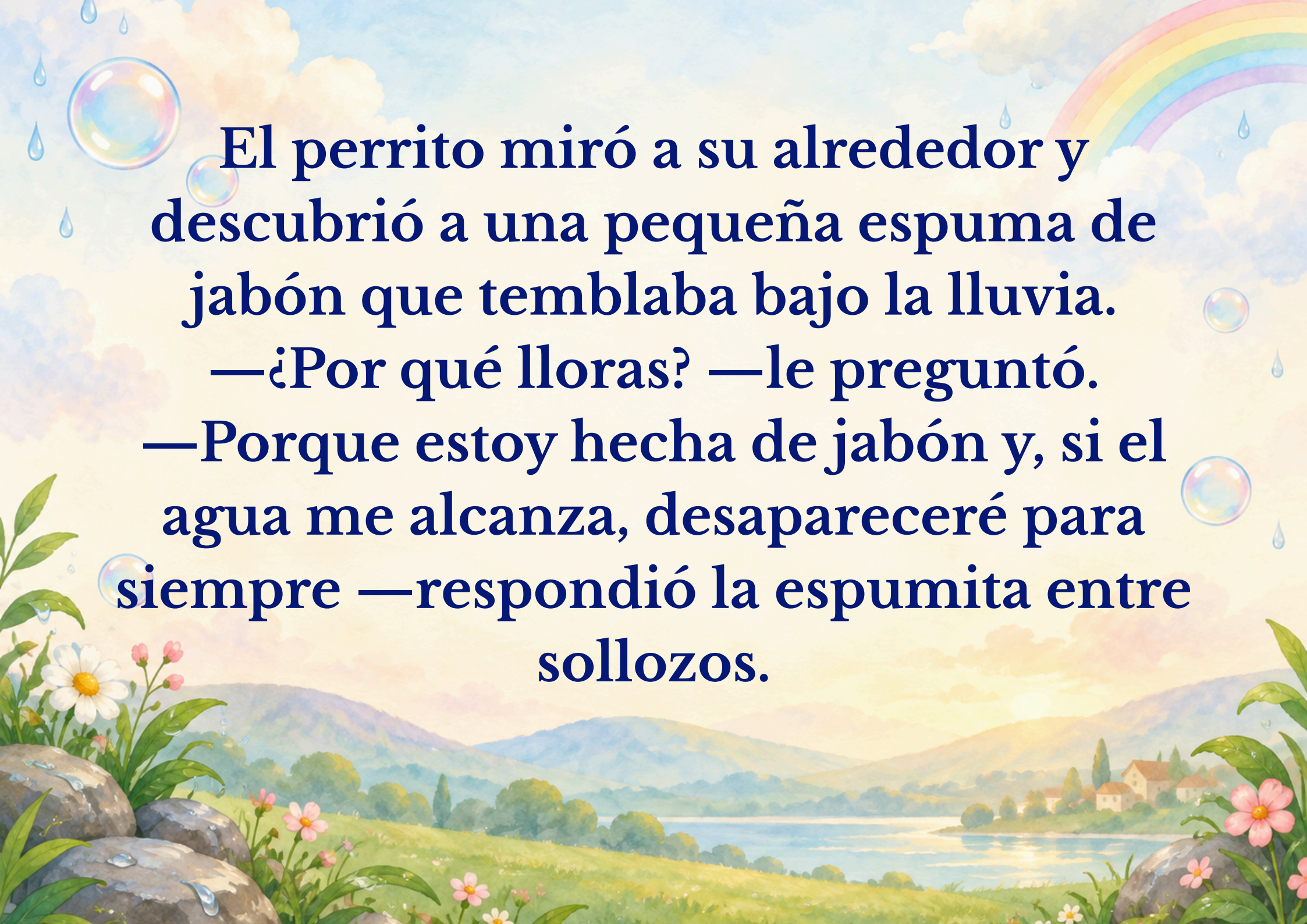

Una tarde lluviosa, un
perrito callejero
caminaba por la ciudad
buscando un lugar
donde refugiarse.



De pronto, escuchó un llanto muy suave:

—¡Ayúdame, por favor! ¡Tengo mucho miedo!




El perrito miró a su alrededor y descubrió a una pequeña espuma de jabón que temblaba bajo la lluvia.
—¿Por qué lloras? —le preguntó.
—Porque estoy hecha de jabón y, si el agua me alcanza, desapareceré para siempre —respondió la espumita entre sollozos.



El perrito sintió mucha ternura por ella.

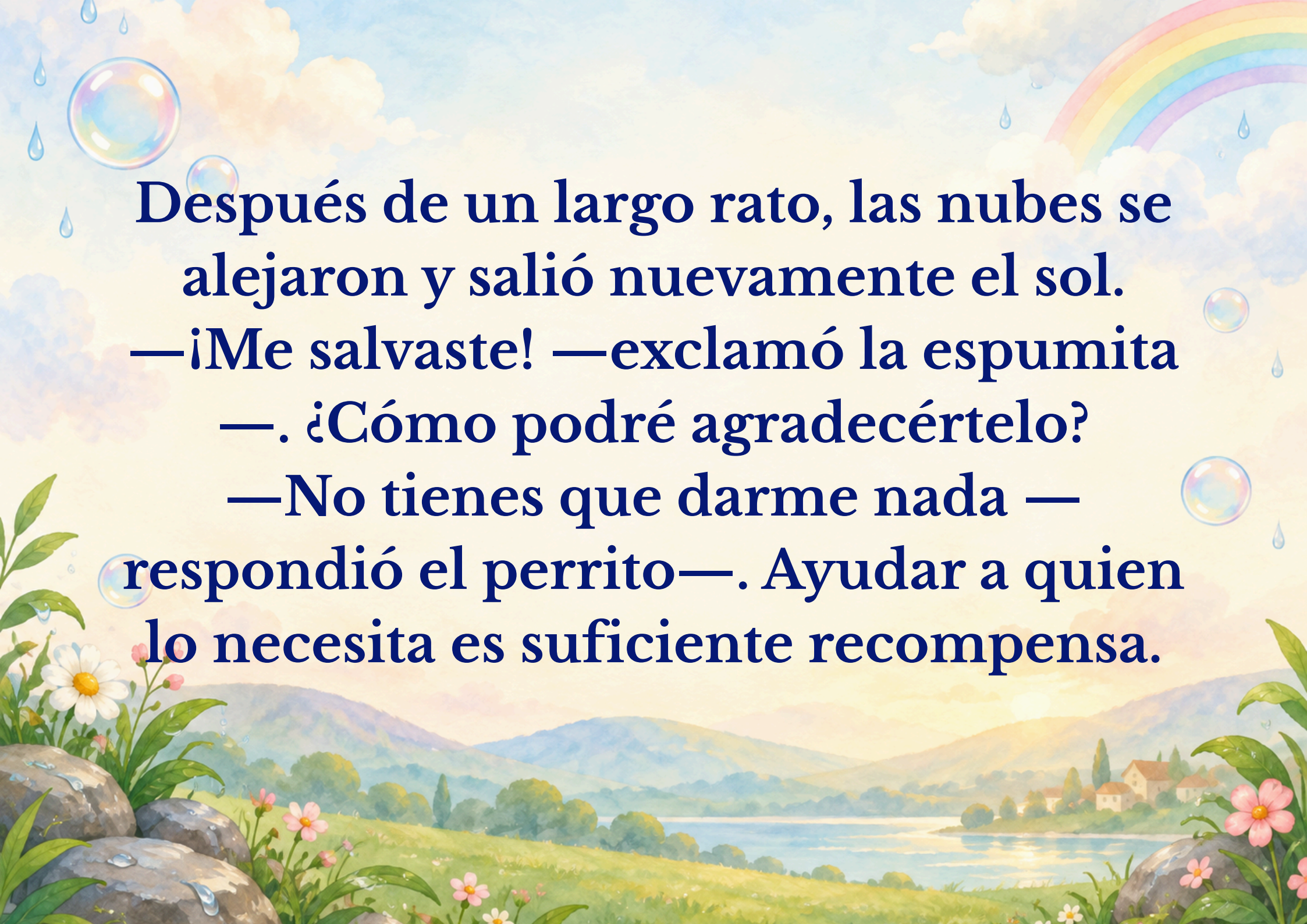


Aunque también estaba mojado y tenía frío, se colocó sobre la pequeña espuma para protegerla con su cuerpo.




—No tengas miedo —le dijo—. Me quedaré contigo hasta que deje de llover.

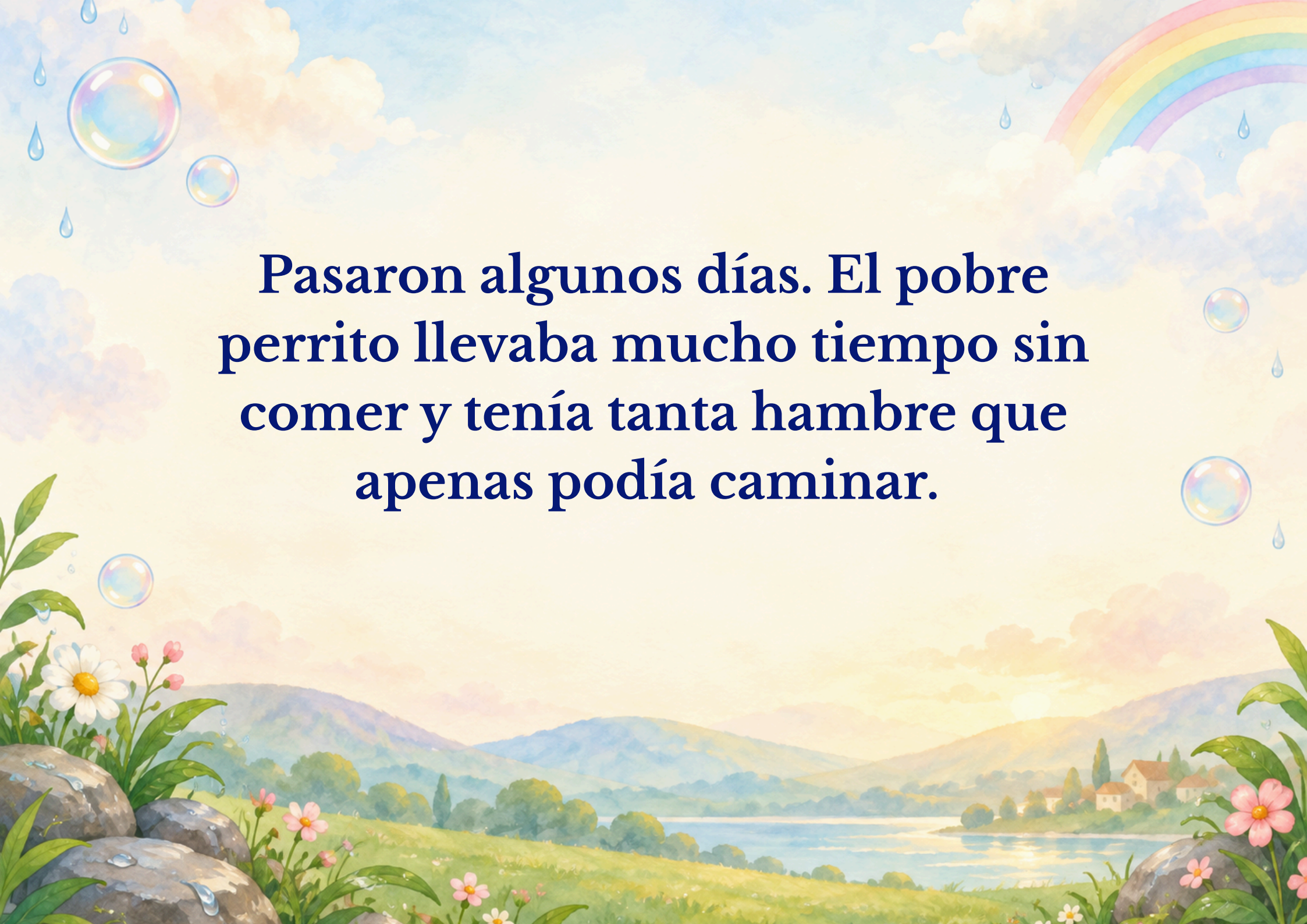



Después de un largo rato, las nubes se alejaron y salió nuevamente el sol.
—¡Me salvaste! —exclamó la espumita —. ¿Cómo podré agradecértelo?
—No tienes que darme nada — respondió el perrito—. Ayudar a quien lo necesita es suficiente recompensa.



La espumita se despidió alegremente y continuó su camino.




Pasaron algunos días. El pobre perrito llevaba mucho tiempo sin comer y tenía tanta hambre que apenas podía caminar.




Mientras buscaba algo
de comida, vio a lo
lejos un enorme
sombrero de colores.

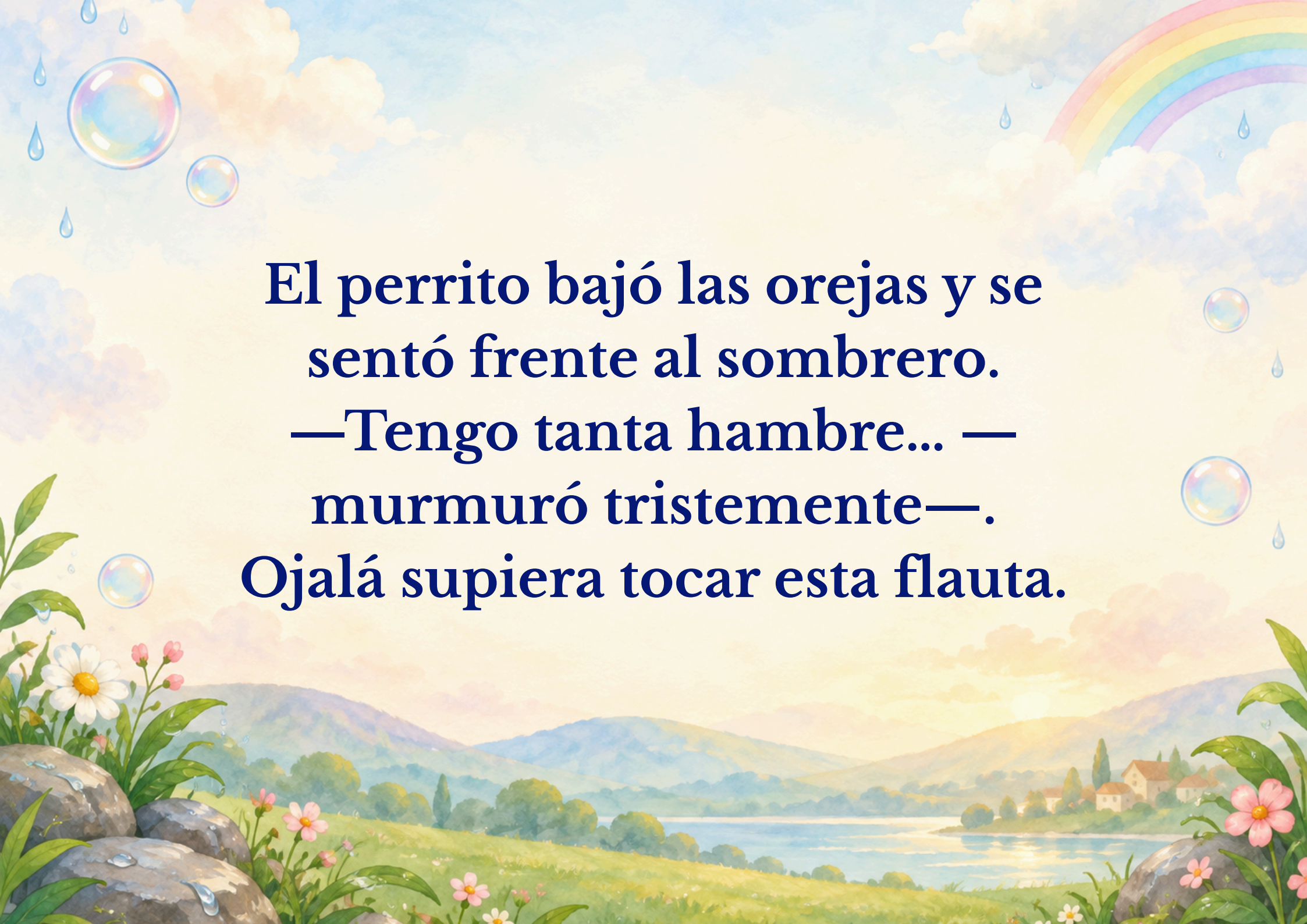


Era el famoso Sombrero de los Quesos, del cual podían salir los quesos más deliciosos. Pero había un problema: para que aparecieran, alguien debía tocar una flauta mágica que se encontraba frente a él.

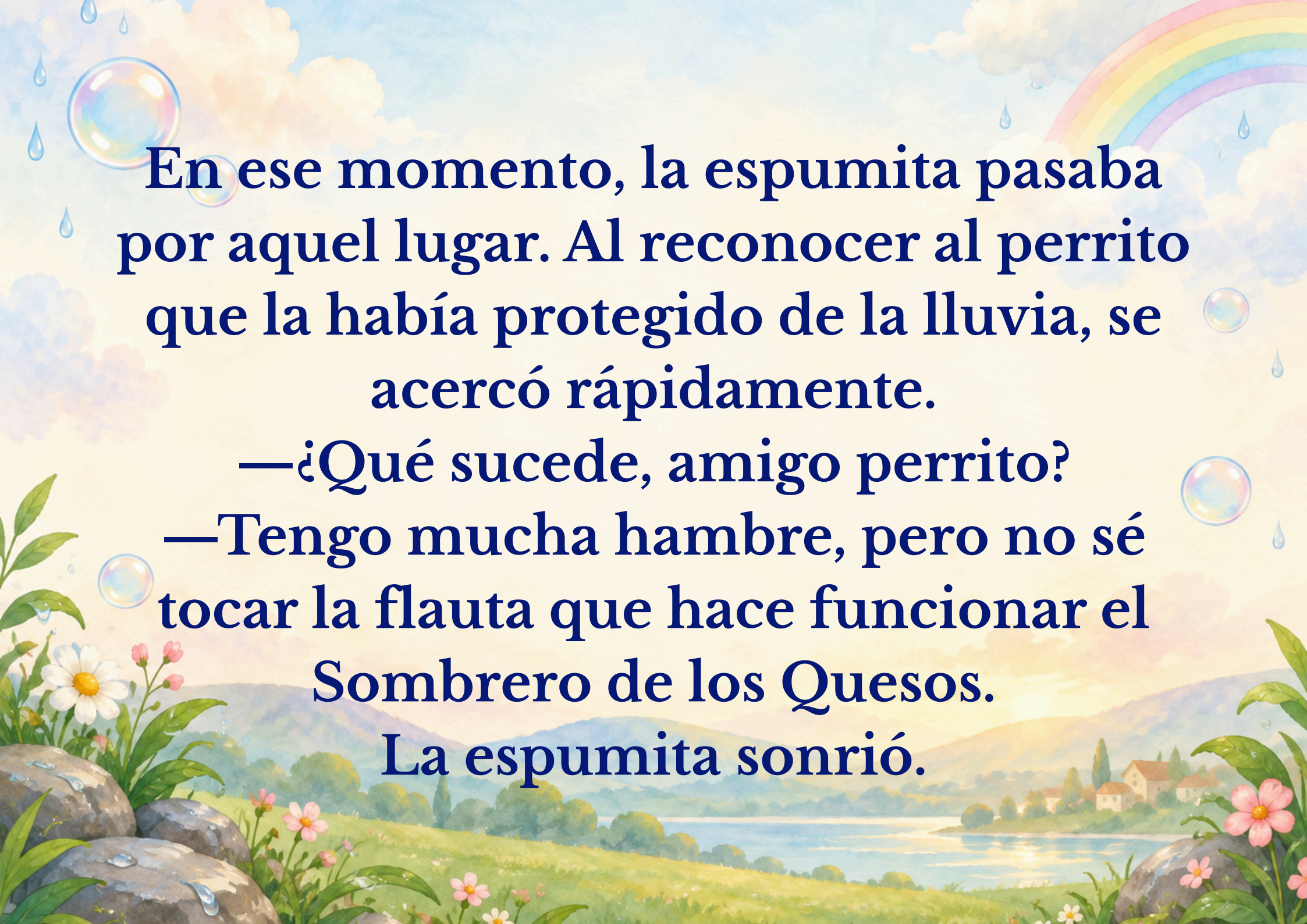


El perrito tomó la flauta e intentó tocarla.
Sopló una vez: —¡Fuuu!
Pero no salió ningún sonido.
Sopló con más fuerza: —¡Fuuuuuuu!
La flauta solamente produjo un ruido extraño y el sombrero no dejó caer ni un solo queso.

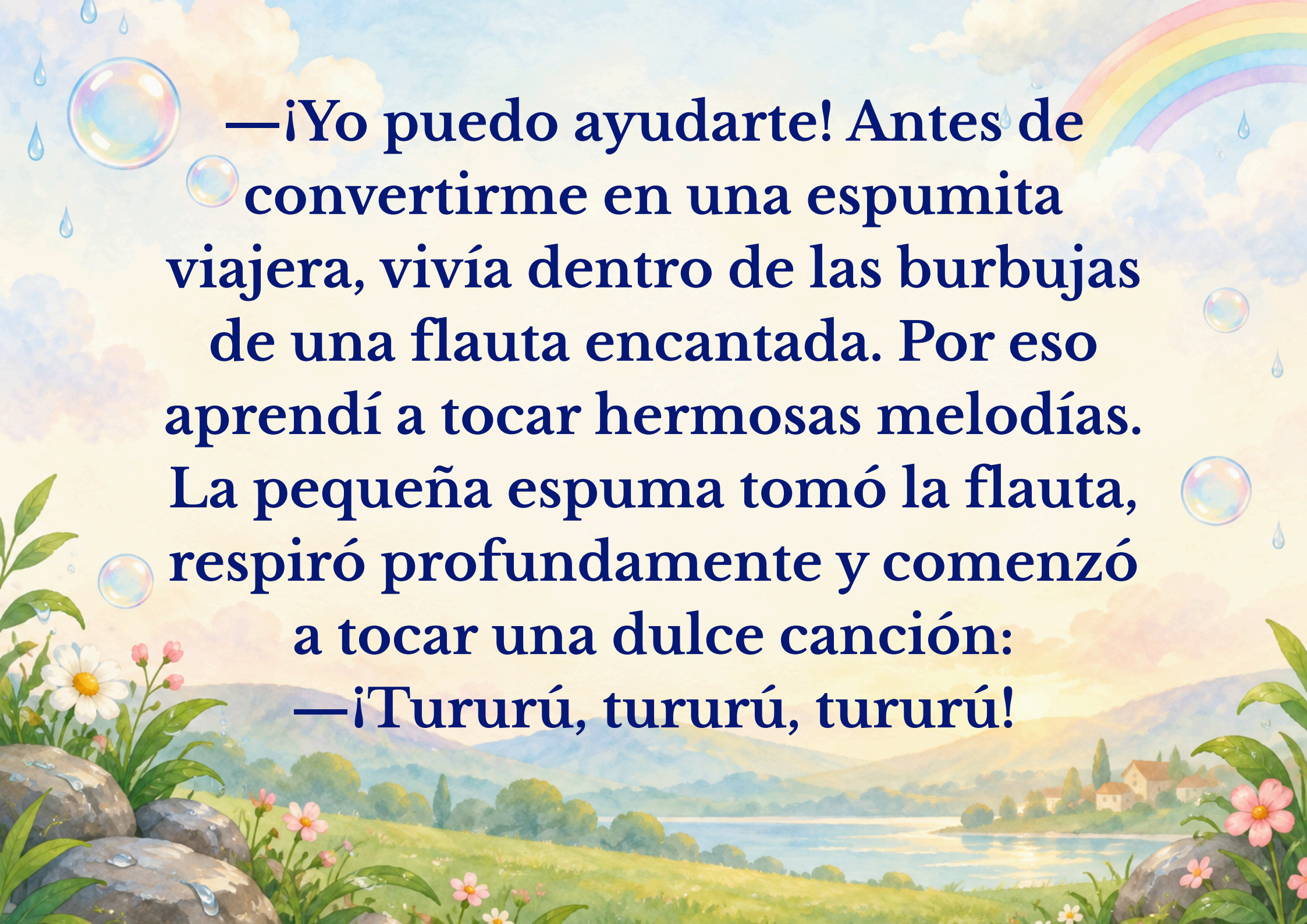



El perrito bajó las orejas y se
sentó frente al sombrero.
—Tengo tanta hambre... —
murmuró tristemente—.
Ojalá supiera tocar esta flauta.




En ese momento, la espumita pasaba por aquel lugar. Al reconocer al perrito que la había protegido de la lluvia, se acercó rápidamente.
—¿Qué sucede, amigo perrito?
—Tengo mucha hambre, pero no sé tocar la flauta que hace funcionar el Sombrero de los Quesos.
La espumita sonrió.

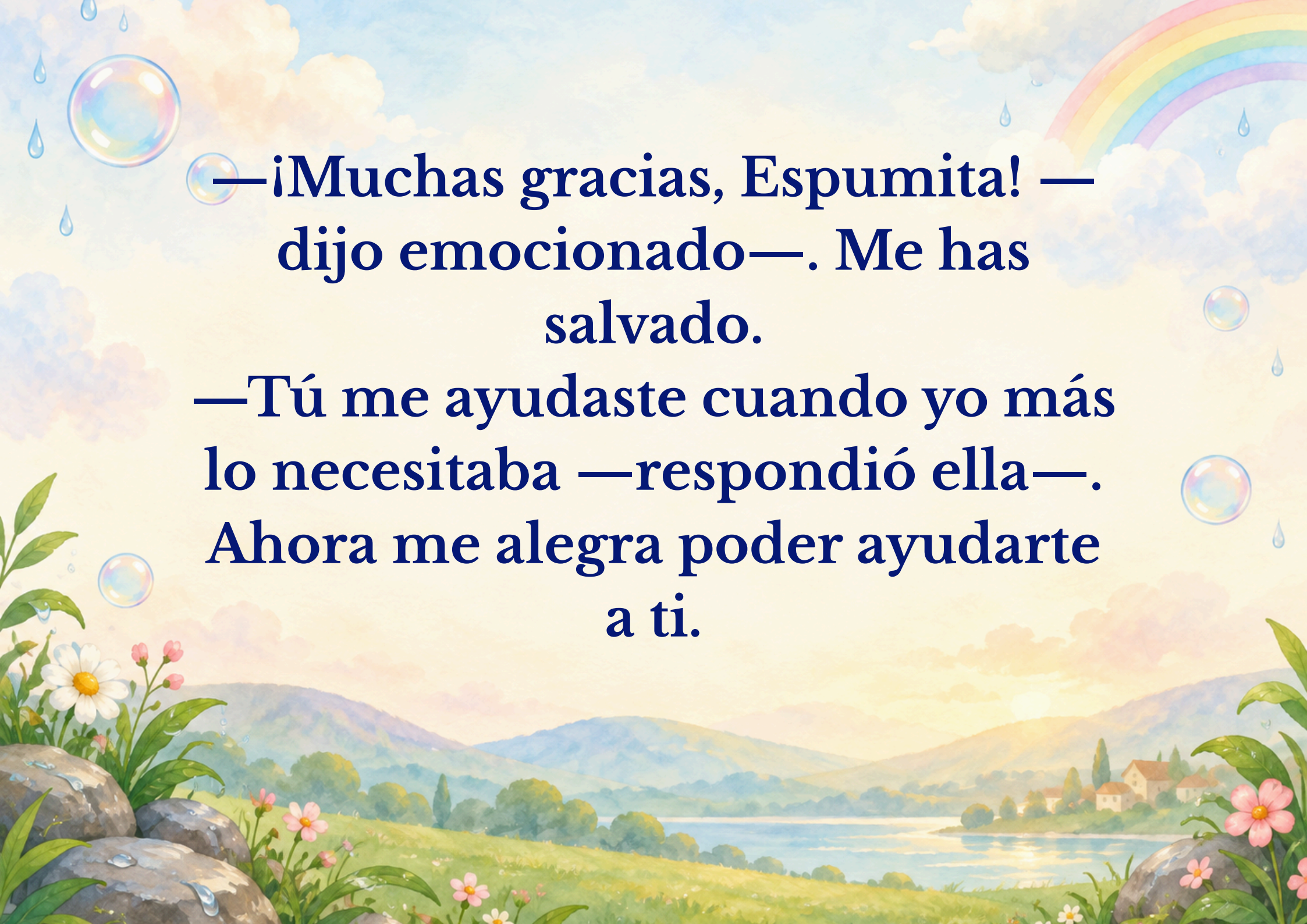



—¡Yo puedo ayudarte! Antes de convertirme en una espumita viajera, vivía dentro de las burbujas de una flauta encantada. Por eso aprendí a tocar hermosas melodías.
La pequeña espuma tomó la flauta, respiró profundamente y comenzó a tocar una dulce canción:
—¡Tururú, tururú, tururú!



De inmediato, el sombrero comenzó a moverse.
Primero salió un queso pequeño.
Después apareció uno mediano.
¡Y finalmente cayó un queso enorme!
El perrito saltó de alegría y se dio un gran festín.




—¡Muchas gracias, Espumita! —dijo emocionado—. Me has salvado.
—Tú me ayudaste cuando yo más lo necesitaba —respondió ella—. Ahora me alegra poder ayudarte a ti.



Desde aquel día, el perrito y la espumita se hicieron grandes amigos. Juntos recorrieron muchos lugares, ayudando a quienes encontraban en su camino.



Ignacio Uzcanga García es educador, escritor y director de la Escuela para el Futuro. Apasionado por la filosofía, la literatura y la enseñanza, ha dedicado gran parte de su vida a formar jóvenes y a promover el amor por la lectura.

Después de escribir ensayos, poesía y obras de reflexión, comienza una nueva etapa como autor de cuentos infantiles, convencido de que las grandes lecciones pueden transmitirse a través de historias sencillas y entrañables. El perrito y la espumita es una de sus primeras obras dirigidas al público infantil, donde combina imaginación, valores y enseñanzas para los más pequeños.
Su deseo es crear relatos que inspiren a niños y familias a descubrir la belleza de la humildad, la amistad y la búsqueda de la verdad.

En un día lluvioso, un bondadoso perrito protege a una pequeña espumita que teme desaparecer con el agua. Tiempo después, cuando el perrito necesita ayuda, Espumita tendrá la oportunidad de corresponder a su noble gesto.

“El perrito y la espumita” es una historia tierna y divertida sobre la amistad, la gratitud y la importancia de ayudar a los demás sin esperar una recompensa, porque ningún acto de bondad se pierde y hasta el gesto más pequeño puede transformar una vida.